



Wicked Game

SEXO, SANGRE Y ROCK'N'ROLL



Jeri Smith-Ready



VERSATIL
ediciones



☞

Capítulo 1

It's Only Rock'n'Roll (But I Like It)

(Solo es rock' n' roll, pero me gusta)

☜

Las maldiciones familiares nunca acaban de desaparecer del todo. En la mitología griega, la maldición de la Casa Atreo empezó con un listillo que advirtió que la sopa de los dioses estaba hecha con trozos de su propio hijo. Desde ese momento, las cosas no dejaron de empeorar. Sin embargo, probablemente hoy en día aquella maldición se reduciría al hecho de que los miembros de la familia Atreo olvidasen enviarse tarjetas de cumpleaños los unos a los otros.

La maldición de la Casa Griffin, a pesar de lo siniestra que pudiera haber sido en la Antigüedad, solo me ha dejado el don de la persuasión. En un mundo honrado, eso significa ventas y marketing, o, como a mí me gusta llamarlo, V&S.

El treintañero delgado que está sentado frente a mí examina mi currículo. El pelo corto y negro le cae sobre la frente mientras asiente al ritmo de una voz ronca que canta un blues y que se oye por un altavoz colgado en la pared. El tipo tamborilea los dedos con inconsciente sincronización sobre la superficie de madera que nos separa.

El minúsculo despacho está tan repleto de objetos relacionados con personajes famosos que dejaría en ridículo al Hard Rock Café. Cerca de una ventana entablada, los ojos de un John Lennon de cartón a tamaño natural me traspasan el alma. Junto a la otra, los ojos de Jerry Lee Lewis me traspasan la blusa.

—Así pues, Ciara... —David me mira con seriedad durante un momento—. ¿Por qué...?

—Se dice *ki-ra*, no *si-e-ra*. —Se lo muestro de la forma más educada posible—. No se pronuncia como el nombre de las montañas.

—Lo siento. Apuesto a que te ocurre constantemente. —Le da la vuelta a mi currículum para echar un vistazo a la parte de atrás. Está en blanco. Coge la carpeta donde iba metido, probablemente en busca de otra página—. ¿Dónde está el resto de tu experiencia laboral?

Le dedico una sonrisa de oreja a oreja.

—En el futuro, espero.

Parpadea y, a continuación, vuelve a mirar el currículum. Enarca las cejas.

—Bueno, la verdad es que se lee con facilidad.

Sin duda eso se debe a los caracteres de tamaño dieciséis que usé para rellenar la página.

Vuelve a inspeccionarlo, y sus ojos verdes recorren la hoja en un desesperado intento por encontrar algo con lo que empezar la entrevista.

—Ciara. La ortografía es interesante.

—Es un nombre irlandés. Significa «oscura... y misteriosa». —Señalo tanto mi pelo castaño claro como mis ojos concienzudamente cándidos—. Aunque no soy ninguna de las dos cosas.

Los labios de David esbozan una brevísima sonrisa y después deja mi currículum aparte para abrir la carpeta de trabajos. Mientras la examina, no deja de pulsar el émbolo de su bolígrafo con el pulgar, provocando una serie continuada de chasquidos que están a punto de ponerme los nervios de punta. Reprimo la necesidad de secarme las manos sudorosas en el único traje que tengo para las entrevistas de trabajo.

El aire acondicionado se pone en marcha con un sonido metálico. Sobre mi cabeza, una serie de pases para poder acceder a bastidores empiezan a agitarse con la corriente, colgados de la cornamenta de un ciervo de ojos irritados, como si fueran adornos de Navidad.

—Tu primer trabajo fue hace seis años —dice David—. Imagino que asistes a la Escuela Universitaria de Sherwood a media jornada.

Mis hombros se tensan.

—Me tomo períodos de tiempo sabáticos. —Vaya, se suponía que aquello era un ejercicio de honestidad—. Es decir, interrumpo los estudios para poder ganar dinero para las clases.

Asiente, comprensivo.

—Son muy caras. Yo le entregué al ejército cuatro años de mi vida para poder obtener un título.

—El ejército. Vaya. ¿Mataste a alguien?

Su mirada se endurece y yo me estremezo porque los nervios me están jugando una mala pasada. Normalmente, cuando echo a perder una entrevista, lo hago a propósito. El hecho de que necesite este trabajo realmente hace que me duela el estómago.

David se relaja y suelta una sonrisita.

—¿No debería ser yo el que te hiciera las preguntas a ti?

—Lo siento. Pregunta lo que quieras. —Mientras no sea sobre mí.

—¿Por qué quieres trabajar en la WMMP?

Sabía que aquella pregunta era inevitable, así que he estado elaborando una respuesta convincente desde que David contactó conmigo a través de la bolsa de trabajo de la universidad.

—Adoro el rock'n'roll. —Maldita sea, qué respuesta más cursi. Me froto la nariz y aparto la vista—. No me dejaban escucharlo cuando era jovencita, pero lo hacía de todos modos. Por la noche, me metía bajo la colcha con mi *Walkman* y escuchaba cintas que había robado... esto... tomado prestadas... esto... robado. —Eso de contar la verdad es más difícil de lo que imaginaba—. En fin, imagino que una emisora de radio no me expresará del mismo modo en el que lo haría una gran empresa. Además, mañana ya es primero de junio y estoy desesperada. No puedo graduarme

sin hacer prácticas este verano, y si no salgo de la ciudad pronto voy a... —Cierro la boca con tres frases de retraso.

David parpadea y vuelve a parpadear hasta que me pregunto si el aire acondicionado le habrá resecado las lenti-llas. Suelta aire por la nariz, con un ruido que parece decir *¿Por qué estoy malgastando mi tiempo con esta chica?* Trato de encontrar otro tema de conversación.

Encima de la mesa hay una foto de un chihuahua con dos lazos junto a un calendario con 365 citas de Oscar Wilde. Entorno los ojos y leo *Prefiero las personas a los principios, y prefiero las personas sin principios a cualquier otra cosa en el mundo.*

Levanto la vista y miro a David, y después vuelvo a cen-trar mi atención en la foto y el calendario.

—Qué perro más mono.

—Oh, esta no es mi mesa. —Aparta la silla unos centíme-tros—. Es la mesa de Frank, el director de ventas y marke-ting. —Mueve el marco en forma de corazón con la foto del chihuahua—. Yo no soy... ya sabes...

Creo que la palabra que busca es *gay*.

—¿Eres el propietario?

—Soy el director general. La propietaria está... —David dirige su mirada hacia la puerta cerrada del despacho, que está detrás de mí— ... ausente.

Aguardo a que se explique mejor, pero se limita a tirar de los puños de su chaqueta deportiva y cambia de tema.

—También soy el director de programas, y estoy seguro de que eres consciente de que durante el día la WMMP emite debates sindicados y programas de pago. Pero por la noche... —Dirige su mirada al altavoz como si fuera una re-liquia sagrada—. Es entonces cuando la WMMP cobra vida.

Pues vale.

—¿Frank también me entrevistará?

—Yo tomo las decisiones en lo que concierne al per-sonal. Frank nos habría acompañado, pero es que odia a los... —Los ojos de David se posan momentáneamente en la escalera que hay a mi espalda—. Odia trabajar de noche.

Miro el pequeño reloj de madera colocado sobre la repisa que hay encima de la chimenea de ladrillos. Las 9:30.

—¿Por qué me estás entrevistando tan tarde?

—Quería que cualquier interino potencial conociera a los *disc-jockeys*. Es la única hora del día en la que todos están... por aquí.

Mmmmm. Mi primera decisión como becaria de marketing en prácticas será sugerir que se ponga música cuando la gente esté despierta y pueda oírla.

Remueve mi carpeta y mi currículum haciendo que los bordes raspen la mesa. La acción parece tener una finalidad, como si estuviera a punto de darme las gracias por pasarme por allí.

El pánico hace que se me dispare la lengua.

—Sé que mi currículum no es muy extenso, pero puedo explicarlo.

—No hace falta. —Junta las manos, entrecruzando los dedos y haciendo chocar los pulgares entre sí—. ¿Sabes por qué te llamé para este trabajo?

Tengo miedo de preguntarlo, y no me atrevo a adivinarlo.

David continúa hablando.

—Tu historial indica que te muestras comprensiva con... cómo podría decirlo... con el punto de vista del forastero.

Se me encoge el estómago. Me ha investigado.

—¿Qué clase de forastero? —pregunto de forma inocente.

—La clase que muestra una total falta de... —Extiende los pulgares— ... de moral convencional.

Me incorporo en la silla con un movimiento lento, como si quisiera alejarme de una serpiente venenosa.

—Nunca me han acusado de nada.

—Lo sé. —David abre las manos con las palmas hacia abajo, como si quisiera mantenerme quieta en la silla—. Lo que quiero decir...

—Gracias por tu tiempo. —Me pongo en pie y cojo el

bolso del respaldo de la silla—. He disfrutado mucho de nuestra charla, pero creo que otra clase de trabajo se ajustará más a lo que estoy buscando. —Me dispongo a salir por la puerta.

—Espera. —Me intercepta y posa la palma de la mano sobre la puerta antes de que pueda abrirla—. Lo que quiero decir es que no me importa tu pasado. Como al resto de los que trabajan aquí.

Mi mente especula hasta qué punto podría estar enterado. Una investigación legal no revelaría nada demasiado incriminatorio. Mis antecedentes penales como menor prescribieron cuando cumplí los dieciocho, y en los seis años siguientes nunca me han pillado. Más o menos.

—Me temo que no podríamos pagarte mucho. —Señala mi currículum—. Pero, a juzgar por dónde vives, no creo que necesites demasiado.

¿Acaba de insultar el barrio en el que resido? ¿No sabe que vivo sobre la mejor casa de empeños de la ciudad?

—Trabajarías allí. —Me muestra una pequeña mesa junto a la chimenea, justo frente a la de Frank. Más allá de la mesa hay una fotocopidora tan vieja que imagino que funciona con manivela.

—Acompáñame. —David pasa por mi lado tan repentinamente que me sobresalta.

Desciende por una chirriante escalera de madera que hay entre las dos puertas cerradas de los despachos. Le sigo, tratando de no albergar demasiadas esperanzas. Quizá estaba hablando sobre contratarme de forma hipotética, como en la frase *trabajarías en esa mesa si el resto de los candidatos fueran devorados por una cucaracha gigante*. Me obligo a no pensar en las cosas que me veré obligada a hacer si no consigo un trabajo de verano. Cosas que no puedo incluir en un currículum.

Al pie de las escaleras, David posa la mano sobre el pomo de una puerta cerrada. Coge aire rápida y profundamente, como si se dispusiera a decir algo trascendental.

Las palabras no salen de su boca hasta después de sacudir la cabeza de un lado a otro.

—Probablemente será mejor que los conozcas sin ideas preconcebidas. Si ellos lo aprueban, el trabajo es tuyo.

Asiento con la cabeza. Sin presiones ni nada, oye.

David abre la puerta para permitirme el paso a una sala pequeña y poco iluminada. Una penetrante nube de humo de tabaco se concentra sobre una lámpara halógena que hay al otro lado de la sala, en el rincón de la izquierda, ocultando las espeluznantes sombras de la habitación.

Mis irritados ojos tardan un poco en acostumbrarse a aquella atmósfera. Fuerzo la vista y veo un grupo de...

Bichos raros.

Sin duda alguna son unos bichos raros exquisitos, tan desgarradoramente hermosos que es una pena que la radio sea solo para el disfrute de los oídos. Pero cada uno de ellos parece sacado de diferentes clases de máquinas del tiempo.

David entra por la puerta, apretujándose contra mí. Yo no he podido pasar de allí.

—Ciara Griffin, te presento a lo más granado de la WMMP.

Tres hombres y una mujer están jugando al póquer alrededor de una mesa llena de fichas y botellas abiertas. Me observan con palpable desconfianza. Puede que sea por el traje que llevo puesto: el azul marino me hace parecer una agente federal.

—Spencer, Jim, Noah, Regina. —David los señala de izquierda a derecha—. Y aquel es Shane.

Hay un hombre joven vestido con unos vaqueros rotos y desgastados en un sofá de dos plazas a los pies de una lámpara. Parece estar dormido, con el rostro cubierto por su brazo derecho. Su pierna izquierda descansa sobre un cojín, mientras que la otra está extendida por encima del brazo del sofá.

David me toca el hombro y me insta a que me acerque unos pasos más.

—Albergo la esperanza de que Ciara sea nuestra nueva trabajadora en prácticas.

La hostilidad desaparece del rostro de los cuatro *disc-jockeys* que están despiertos, y la sustituyen por una cortesía paternalista. Trato de sonreír, alentada por aquel cambio de actitud, ligeramente menos frío.

—Spencer es el encargado de los programas de los años cincuenta —dice David—. El nacimiento del rock'n'roll y todo eso.

Un hombre con una camisa de vestir de color blanco y pantalones negros se pone de pie para saludarme. Despliega sus interminables piernas desde debajo de la mesa. Es pelirrojo y lleva el pelo peinado al estilo «cola de pato», muy popular en los años cincuenta. Me estrecha la mano con fuerza.

—Eh, nena, ¿cómo va eso? —La forma sureña en la que Spencer arrastra las vocales y su impecable indumentaria le dotan de un aspecto muy caballeroso que no casa muy bien con la salvaje expresión de sus ojos.

—Sin novedad, papi. —Eso es lo que me sale, pero Spencer no se ofende, sino que sonrío y asiente con aprobación.

El tipo sentado junto a él se levanta de la silla y tengo que reprimir las ganas de apartarme de él.

—Este es Jim —dice David.

—Colega, me alucina tu carpeta de trabajos. —Jim me abraza. Sus largos tirabuzones castaños y su camiseta desteñida apestan a marihuana y a pachuli—. Yo también iba a la escuela de arte.

—Gracias, pero no soy artista. —¿Me está olfateando?

Jim se aparta y me mira.

—Entonces, ¿cómo lo haces para que todos esos diseños tengan esa pinta tan genial?

—¿Los que hice para clase? Usé el ordenador, por supuesto.

Sus ojos adoptan una expresión confusa.

—¿El...?

David se aclara la garganta con la fuerza suficiente como para que mi sistema de alerta para sandeces alcance el Código Amarillo. ¿Qué diablos está pasando?

Entonces el rostro de Jim me indica que acaba de entender lo que le he dicho y hace chasquear los dedos.

—Vale. En mis tiempos teníamos que hacerlo todo a mano.

Le miro con los ojos entornados. Solo parece tener unos años más que yo. Como todos los demás.

—¿En tus tiempos?

El tercer tipo hace chirriar la silla por el suelo al levantarse.

Me vuelvo hacia él, contenta de poder alejarme del espacio personal de Jim, que parece no tener límites.

—Soy Noah. —Su voz me recorre el cuerpo como una cálida brisa jamaicana—. Es un placer conocerla, dulzura. —Alarga el brazo por encima de la mesa, me coge la mano y se la lleva a sus voluptuosos labios. Mis ojos adoptan una expresión soñadora y nada profesional al encontrarse con los suyos, suavizados tras unas gafas de montura oscura que descansan sobre el puente de su nariz. El gorro de lana verde, dorado y rojo que lleva Noah reposa sobre una mata de rastas que le llegan a mitad del pecho y que le sientan muy bien. Me siento aliviada al comprobar que los setenta están representados por el *reggae* en lugar de por la música disco.

—Oh, por favor. Aparta tus jodidas zarpas de ella, capullo. —A pesar de usar un insulto más propio del Reino Unido, la mujer de aspecto punk/gótico (asumo que se trata de Regina), tiene acento del medio oeste. Bajo el pelo negro de punta, su rostro es un cuadro monocromático. El lápiz de ojos y de labios de color negro resalta sobre la perfección de su piel de porcelana.

Regina inclina la cabeza y suelta un «qué pasa» antes de volverse hacia Shane.

—Ya puedes fingir que te estás despertando.

El brazo que lleva enfundado en la manga de una camisa de franela se desliza sobre su rostro, y entonces gira la cabeza. Respiro con normalidad por primera vez en toda la tarde. Sus cálidos ojos y su sonrisa torcida me hacen sentir real, no solo como una mancha que alguien ha dejado en la alfombra.

—¿Eh?

Shane aparta sus raídas *Doc Martens* del sofá y se pone en pie lentamente. Aunque se mantenga encorvado para dar total veracidad a su apariencia *grunge*, es más alto que los demás. Mientras se acerca, hace un gesto rápido para apartar de los ojos su enmarañada media melena de color castaño claro.

Cuando nuestras manos se tocan, da un respingo, como si le hubiese sobresaltado. Pronuncia mi nombre perfectamente y con voz tan suave que me pregunto si hay alguien más en la habitación que esté durmiendo. Entonces su mirada se endurece y se aparta un poco, con las manos en los bolsillos.

Ah, es tímido. Qué adorable. Dan ganas de abrazarle y llevártelo a casa metido en una bolsa.

O no, pienso cuando miro a Regina, cuyos ojos me están partiendo en dos. Shane debe de ser su chico. Seguramente podría transformar los seis piercings faciales en armas en cuestión de segundos.

Delante de ella hay un enorme montón de fichas de póquer junto a una botella abierta de tequila.

—¿Quién gana? —pregunto, en un esfuerzo por apelar a su lado bueno.

—Tengo doscientos noventa y dos dólares —dice Regina—. Jim tiene cuarenta y seis; Noah, ciento sesenta y siete, y Spencer, noventa y ocho. No, un momento, noventa y nueve.

—Shane lo perdió todo muy deprisa —dice Jim—, aunque no tenía demasiado con lo que empezar.

El hombre con camisa de franela se vuelve hacia David.

—Lo hará bien. ¿Puedo irme ya?

—Claro. Gracias por participar.

Jim rebusca en sus bolsillos y saca un juego de llaves que le lanza a Shane.

—Buena caza. Y recuerda, nada de llenarme el depósito esta vez con esa mierda de bajo octanaje.

Shane se dirige a la puerta, dedicándome una tranquila mirada de reconocimiento. Le sigo con los ojos, pero no con la cabeza. Me felicito por ello.

—¿Y qué pensáis los demás? —dice David—. ¿Deberíamos contratarla?

Me examinan como una vaca en una feria de ganado. Trato de no mugir. Los cuatro *disc-jockeys* intercambian miradas y asienten con la cabeza, más o menos al unísono. David se frota las manos y se dispone a hacer una declaración.

—Aguarda —dice Spencer—. ¿Y qué pasa con Monroe?

David traslada el peso de su cuerpo de un lado a otro y sacude la cabeza.

—No quiero interrumpir su programa.

—¿Quién es Monroe? —le pregunto a David.

Señala una puerta cerrada que hay en un rincón con un cartel luminoso en el que se lee EN EL AIRE.

—Retransmite el programa *Blues de Medianoche*.

—Pero si son solo las 9:30.

—Empieza a las nueve y acaba a medianoche. A esa hora es cuando Spencer le sustituye, y después Jim, de tres a seis. Eso es en noches alternas. El resto, Noah, Regina y Shane, siguen el mismo horario.

Los *disc-jockeys* hacen ademán de seguir con la partida de cartas, indicándonos que ya nos podemos marchar. David me hace un gesto en dirección al pie de las escaleras.

Cierra la puerta y la señala levantando el pulgar por encima del hombro.

—¿Sabes lo que son? —susurra.

Parece ser una pregunta trampa, así que sacudo la cabeza.

—Una revolución. —Los ojos de David están abiertos de par en par y tienen una expresión de fanatismo—. Cada uno de ellos vive en una época en la que un nuevo sonido representaba el espíritu de una generación que pateaba al mundo en el culo.

Código Amarillo de nuevo.

—Cuando dices que *viven* en esa época...

—Musicalmente hablando.

—¿Y los disfraces? ¿Se los han puesto en mi honor o es que tienen que ir a una convención de estereotipos?

David me dedica una sonrisa astuta que parece decir que *su* nombre es el que debería significar «oscuro y misterioso».

—Todo se aclarará. —Se apresura a subir las escaleras—. Lo importante es que entiendas la música para la que viven y la historia que hay detrás.

Yo también subo deprisa, y la pintura blanca de la barandilla se desprende a cachitos cuando paso la mano por encima.

—No soy precisamente una experta en rock, pero...

—No te preocupes. La ignorancia es la enfermedad más curable del mundo. —Al llegar al final de la escalera, tuerce a la derecha y abre la puerta de un minúsculo despacho. Una luz parpadea y se enciende.

Cuando llego al despacho, David está recorriendo con las manos una librería que ocupa toda la pared. Va extrayendo un volumen tras otro y los apila sobre una pequeña mesa redonda hasta que llegan a la altura de mi cabeza.

—Oh. —Posa una mano sobre el montón de libros—. Aún no has dicho que sí. Al trabajo, quiero decir.

No puedo permitirme el lujo de sospechar por qué quiere contratarme después de una entrevista tan superficial. Pero esa situación tan extraña me obliga a hacer una pregunta.

—¿Y qué hay del futuro? —Señalo un folleto enmarcado de un concierto de los Grateful Dead en el Fillmore West de 1969—. Este sitio es como un museo. ¿Qué pasa con la música de hoy? ¿Y de mañana?

David exhala un suspiro.

—¿Has escuchado la radio últimamente? Sé sincera.

—No.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros.

—Demasiados anuncios.

—¿Y?

—La música es aburrida. —Saco mi MP3 del bolso—. Al menos con esto sé que voy a escuchar algo bueno.

—Exacto. Toda la música suena igual porque las grandes compañías se quedan con las emisoras y obligan a todo el mundo a pinchar la misma mierda, como un helado que tiene siempre el mismo sabor a vainilla. —Se inclina hacia delante y me habla con voz suave y tranquila—. No encontrarás ninguna mierda de ningún sabor en la WMMP. Aquí los *disc-jockeys* ponen lo que *ellos* quieren, no lo que un Director Ejecutivo o un promotor de música les obligan a poner. ¿Sabes lo raro que es eso?

—Déjame adivinarlo: ¿extremadamente?

Coge el primer libro de la pila, *Diccionario del esnob del rock*, y acaricia el desgastado lomo.

—Este lugar es un regalo para la gente que ama la música. No es mérito mío, sino suyo. —Señala el suelo—. Pero la gente no los conoce... *aún*. La propietaria acaba de gastarse una fortuna en ampliar nuestra señal a las áreas del Distrito de Columbia, Baltimore y Harrisburg.

—Eso es bueno, ¿no?

—Puede que no. —Da unos golpecitos en la mesa con el lomo del libro—. Lo hizo para que la emisora resultara más atractiva a los compradores. Un conglomerado de empresas de comunicaciones llamado Skywave se ha pasado la última década engullendo a cientos de emisoras de radio.

—Y la WMMP es la próxima.

Asiente con la cabeza.

—La propietaria dice que si los ingresos derivados de los anuncios no se cuadruplican para el primer lunes de septiembre, venderá la emisora a Skywave. Y todos nos quedaremos sin trabajo. —Vuelve a dejar el libro en la pila—. Frank necesita a otra persona que le ayude en nuestra desesperada campaña de marketing. Basándome en tu trabajo, tus diseños y tu energía, creo que serías la ideal.

Sin presión, ¿eh? Echo un vistazo a los libros.

—¿Son para mí?

—Tienes que conocer el producto. —Pronuncia la última palabra frunciendo los labios. Debe de causarle dolor hablar de la música como si fuera una mercancía.

—No has contestado a mi pregunta sobre el futuro.

Aparta la vista con el rostro congestionado.

—Si Skywave es el futuro, quizá estemos todos mejor en el pasado.

Dubitativa pero desesperada, alargo la mano para coger los libros.

—Ábreme la puerta.

—Espera. —Me tiende la mano y yo hago ademán de estrechársela para sellar el trato, pero él me la aparta—. No, no. Dame eso. —Señala el MP3 que sobresale del bolso.

—¿Estás de broma?

—Para variar, pasa las próximas dos semanas escuchando la radio. Con tu primera nómina te regalaré un reproductor más grande, con más capacidad y más canciones, cortesía de la emisora.

Se lo entrego.

—Uno de esos con video estaría genial.

Se ríe y deja el reproductor en uno de los huecos que han quedado en la librería.

—Te veo mañana a las ocho y media.

Arrastro los libros hasta el aparcamiento, tratando de no tambalearme mucho.

—Y deshazte de ese traje —dice David a mi espalda—. Esto es una emisora de radio, no un banco.

Le sonrío agradecida mientras él se despide con la mano y cierra la puerta.

La gravilla del aparcamiento cruje bajo mis pies, provocando un ruido estrepitoso en la silenciosa noche veraniega. No puedo oír el tráfico porque la emisora está a diez minutos de la pequeña ciudad de Sherwood, Maryland, separada de la autopista por cuatrocientos metros de frondoso bosque.

Mantengo los libros en equilibrio sobre el guarda barro de mi destartado coche y busco las llaves. Mi bolso parece muy ligero y espacioso sin el MP3, que ya echo de menos. Quizá podría pedirle prestado el suyo a mi amiga Lori...

Oigo unos pasos que hacen crujir la gravilla a mi espalda. Sin duda se trata de David, que me trae más libros.

—Sinceramente —le digo mientras me doy la vuelta—. Con estos ya tengo más que...

La palabra *suficiente* no llega a salir de mi boca.

Allí no hay nadie. La única luz proviene de una lámpara de porche de color naranja que hay cerca de la entrada principal de la emisora, que ilumina la mitad del aparcamiento con un tenue resplandor ambarino. La torre de radio se yergue sobre mi cabeza, y su parpadeante ojo rojo está demasiado alto para iluminar nada.

El otro extremo del aparcamiento está sumido en las sombras, y es ahí hacia donde dirijo la vista. Noto los músculos paralizados y mis ojos se mueven como los de una cría de conejo que espera que el depredador no la vea si se limita a quedarse quieta.

Sí, claro. Cualquiera que estuviera acechándome pensaría que me han reemplazado por un maniquí. Buena estrategia.

Como no hay más edificios desde los que puedan oírme si me pongo a gritar, debería salir de allí o bien volver

corriendo a la emisora. La idea de gimotear ante mi nuevo jefe porque he oído un ruido en el aparcamiento hace que la decisión sea muy fácil de tomar.

Sin volverme hacia el coche, busco a tientas la cerradura y meto la llave. El maletero se abre y dejo caer los libros en su interior antes de cerrarlo de golpe. Voy dando traspíes hasta la puerta del asiento del conductor.

Noto una corriente de aire junto a la oreja, demasiado fría para ser una brisa de verano. Me vuelvo para encontrarme cara a cara con...

Nadie. Otra vez.

Ahogo un grito, abro el coche y me meto dentro echando un rápido vistazo al asiento trasero. Acciono el cierre de seguridad con el codo, arranco el motor y pongo la marcha atrás. La gravilla sale despedida de debajo de las ruedas y repiquetea contra la parte inferior del vehículo.

Los faros transforman el camino de entrada en un túnel bien iluminado que contrasta con la arbolada oscuridad, y hasta que no llego a la carretera principal mis pulmones no dejan escapar el aire que llevaban rato conteniendo.

No me extraña que Frank odie trabajar de noche.



Para cuando llego al centro de Sherwood, mis manos ya han dejado de temblar. Después de comprobar que en el callejón contiguo no hay personajes sospechosos (al menos más de lo habitual), cojo la mitad de los libros de David del maletero y me dirijo a mi piso, que está sobre la Tienda de Empeños de Dean. Realmente es la mejor de la ciudad, como afirma el enorme cartel rojo y negro que hay en la ventana: NO SE ACEPTA MERCANCÍA ROBADA. Ya puestos, Dean podría haber dibujado una cara guiñando un ojo en la parte inferior del cartel.

Entro por una puerta con doble cerrojo que da directamente a la calle y asciendo por una oscura escalera (llevo

semanas pidiéndole a Dean insistentemente que cambie la bombilla, que es imposible de alcanzar). Paso otra puerta, también de doble cerrojo, que lleva a mi piso.

Me ahogo en la atmósfera cálida y cargada. Me doy prisa en cruzar el pasillo hasta el dormitorio, donde se encuentra el único aire acondicionado que tengo. En un momento el traje queda hecho un guiñapo en un rincón y me quedo delante del aparato de aire acondicionado en ropa interior, dejando que la fría corriente seque cada una de las gotas de sudor provocadas por el miedo que he pasado.

Una vez que me he refrescado hasta el punto de ponerme a tiritar, enciendo el ordenador y me conecto a Internet. Entonces corro hasta la cocina para evitar oír el ruido del módem, semejante a los gritos de un androide que estuviera siendo eviscerado.

Abro la nevera y veo una única cerveza con ganas de compañía. Encuentra su pareja ideal en un trozo de pizza muerto de risa.

Cuando vuelvo al dormitorio, mi cuenta de correo electrónico ya se ha descargado. El primer mensaje de la bandeja de entrada es de David, enviado hace solo unos minutos.

¿ESTÁS ESCUCHANDO LA RADIO?

—Sí, sí, sí.

Pongo la radio de mi despertador y busco la frecuencia de la WMMP. (¿Sabrán que las siglas de la emisora parecen deletrear la palabra *wimp*, que en inglés significa «endebles»?) Recorro la parte final del dial hasta que el sonido de una armónica sale por el pequeño altavoz.

Vuelvo a mirar el correo electrónico y reparo en que una de las subcarpetas de la bandeja de entrada está marcada. Aparece así: «M (1)», lo que significa que tengo un mensaje de una persona que tengo clasificada en su propia subcarpeta «M». Deber de haber convencido a los guardias de que la dejen acceder de nuevo al ordenador.

El mensaje queda oculto tras una muralla de clics con

el ratón. Vacilo unos instantes, con el estómago revuelto, y acabo por dejarlo así.

Justo antes de la medianoche, envío mi último mensaje con el título «¡Por fin tengo trabajo!», dirigido a mis padres de acogida. Me estiro y coloco la espalda sobre el respaldo de la silla y me doy cuenta de que no se oye nada en la radio. ¿Se ha perdido la señal? Cojo la cerveza y cruzo la habitación para asegurarme de que el enchufe no se ha salido de la antiquísima toma de corriente que viola todas las medidas anti-incendios.

Entonces, una voz suave y susurrante dice: «Nunca... nunca saldré de este blues con vida». Por un momento me pregunto si la voz pertenece a Monroe, el *disc-jockey*, ya que no he prestado la suficiente atención para reconocer el sonido de su voz. Entonces se oye una guitarra y un corto aplauso. Las palabras debían de referirse al título de la canción.

El lento e insistente sonido de una batería se une al de la acallada guitarra, hipnotizándome antes de que tenga tiempo de escuchar las primeras frases de la letra. Me siento en la cama con cuidado, como si un movimiento brusco pudiera romper el hechizo.

Su voz me recorre todo el cuerpo, una voz que habla de café solo, cigarrillos y de lo inútil que resulta tratar de conciliar el sueño cuando se ha sufrido un desengaño.

El apasionado sonido de un piano se suma al resto, desafiando la fatalidad del contenido de la canción. Cierro los ojos y allí me encuentro, en un bar parcamente iluminado y lleno de humo, cuyos parroquianos son principalmente almas solitarias de párpados caídos que recuerdan ensimismados a aquellos que han perdido. Tomo el último trago de cerveza caliente y deseo poder beber otra.

La canción termina. Se oyen aplausos. Apago la radio antes de que otra voz pueda ocupar el lugar del cantante. Su contagiosa inquietud me pone la carne de gallina y hace desaparecer la somnolencia. No puedo tumbarme.

Incluso el fresco tacto de las sábanas me pondría los pelos de punta.

Levanto el estor y miro por la ventana. Las tranquilas calles de Sherwood me llaman, rogándome que lleve a cabo una última actuación antes de que la vida normal que me espera me apriete como una camisa de fuerza.

Mis uñas repiquetean cada vez más rápido sobre la madera del alféizar de la ventana. Espero a que aparezca alguien, quien sea. Pero a esta hora en una ciudad tan pequeña no se encuentran presas en aceras ni callejones.

Además, yo siempre cazo lejos de casa.